



Los síndromes de la enfermedad del Mare Nostrum. En la página contigua, El Saler, Valencia. Sobre estas líneas, peces muertos en el Tíber, camino del agonizante Mediterráneo.

refuerza en definitiva al capitalismo en crisis y, por tanto, es contraria a los intereses del movimiento obrero, para los sindicalistas italianos esa reestructuración del capital es inevitable y, por tanto, es preferible intervenir en ella para que afecte lo menos posible a las clases trabajadoras.

El coloquio sindical del Mediterráneo que abordará también el tema de la contaminación y la degradación del mar en su apartado "Economía marítima", estudiará las realidades regionales de los cuatro sindicatos ponentes a partir de realidades político-institucionales, ciertamente distintas ya que nada tiene que ver el marco del Principado de Mónaco, con la autonomía catalana, ni con la realidad regional italiana ni la reticencia francesa a cualquier soberanía periférica presumiblemente debilitadora del poder de París.

Para el dirigente de CC. OO. y diputado del Parlamento Catalán, Antoni Luchetti, participante en las reuniones preparatorias, es posible, a pesar de las diferencias, avanzar hacia una estrategia general y común contra la crisis en el área mediterránea, al tiempo de afrontar el grave problema que se deriva de la enfermedad del mar que está poniendo en peligro miles de puestos de trabajo —desde pescadores a empleados del sector turístico costero—, además de

poner en peligro la calidad de la vida en los países ribereños.

Como invitados, participarán en el coloquio sindical la Confederación Internacional de Sindicatos Arabes, sindicatos de Argelia, Grecia, Malta, Eslovenia y Portugal, además, naturalmente, de la dirección a escala estatal de Comisiones Obreras, CGIL y CGT. La UGT española y la UGT portuguesa serán asimismo invitadas al coloquio.

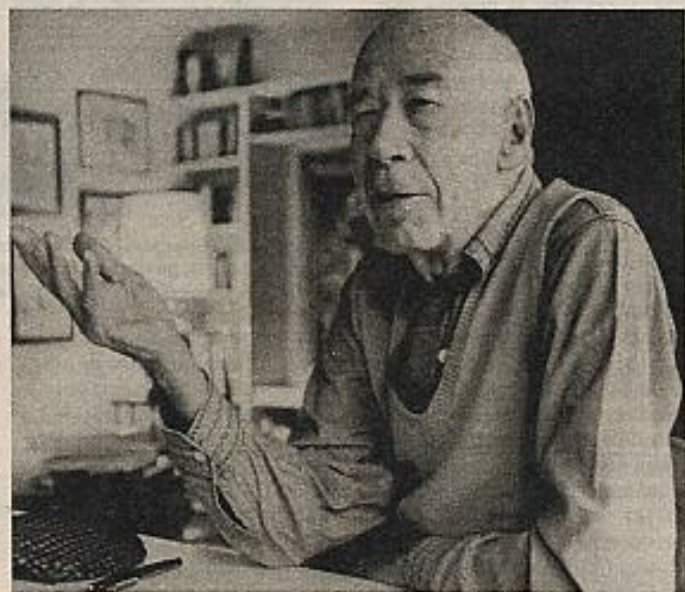
La presencia de sindicatos portugueses —país cuyas costas no baña el Mediterráneo— y el mismo temario previsto para las discusiones advierten de que el coloquio sindical del Mediterráneo puede servir para un importante acercamiento entre la dirección central del principal sindicato francés y el italiano —CGT y CGIL— en un momento en que esas relaciones se encuentran congeladas por abiertas discrepancias sobre la estrategia a seguir frente a la crisis y también como reflejo de la discrepancia en materia de política internacional entre el PCE y el PCI (Conferencia de París, etcétera). Si el coloquio sirve para un deshielo de relaciones aprovechando el marco regional de la conferencia, el Mediterráneo, aun gravemente enfermo, en el plano ecológico, habrá ganado una batalla diplomática. ■

# EL MUNDO QUE VOMITO HENRY MILLER

El escritor Henry Miller ("Trópico de Cáncer", "Trópico de Capricornio", "Primavera negra", "Sexus", "Plexus", "El coloso de Marusi", etc.) ha muerto el 8 de junio. Había nacido el 26 de diciembre de 1891 en Brooklyn, Nueva York.

**P**ARIS no fue una fiesta para Henry Miller, como pudo serlo para su compatriota Hemingway, para aquellos otros americanos huidos que se reunían en torno a Gertrude Stein, millonaria de salón abierto para los talentos. Henry Miller era un maldito. Probablemente prefería ser un maldito en París, donde alguien finalmente podía entenderle, que serlo en su Brooklyn natal. Había nacido en ese suburbio pobre, en la tienda de un sastrecillo judío, emigrado de Europa. Prodigiosos sastrecillos judíos europeos, que tantas veces

tímetros— y las diferentes formas de orgasmo de las numerosas mujeres que conoció. Su hambre, su miseria, su trabajo, sus esperanzas, sus desencantos. En Brooklyn, a la sombra del puente, lefa, pero no estudiaba en la forma clásica u oficial de los estudios: trabajaba. Fue de todo, como también suele ocurrir en las biografías de los grandes americanos: fue boxeador y enterrador, fue repartidor de telegramas, botones de hotel, bibliotecario, corredor ciclista, empleado de estadísticas —de los que van de casa en casa pregun-



Miller, en su casa de California, en 1971.

se encuentran en el principio de la biografía de un gran americano: habrá que creer que portaban en sí una semilla de cultura, de un misterio que debía proyectarse más allá de la vida cotidiana. Por lo menos, en la sastrería judía de Brooklyn, Miller leyó a Bergson y a Spengler, y también a Elie Faure, y algunas antologías de escritores chinos, hindúes.

Se sabe todo de Miller, porque todo lo ha contado en sus libros: hasta el tamaño de su órgano sexual —"un hueso de quince cen-

tando cosas— y durante todo ese tiempo "se enamoró del arte de escribir", según su propia frase. Fue periodista y se encontró con que lo que ofrecía el periodismo a un tipo de Brooklyn tenía muy poca relación con el arte de escribir. En todo ello adquirió un instinto de resistencia ("Resistimos sólo lo que es inevitable") y un sistema propio de valores. Una experiencia vale más que un mito ("Napoleón no es nada para mí en comparación con Eddy Carney, que me puso mi primer ojo morado"). el juego de los clá-

## Henry Miller

sicos tiene escasa importancia ("Todo hombre con la barriga llena de clásicos es enemigo de la raza humana") y la vida es, simplemente, los seres humanos que están vivos; y el mejor conocimiento es el acto sexual ("El sexo es una de las nueve razones para desear la reencarnación; las otras ocho carecen de importancia").

Por aquellos tiempos —hacia los años treinta—, los grandes escritores comenzaban a huir de los Estados Unidos. Su centro de atracción era París. Fueron sobre todo los que tendrían el nombre —dado por Gertrude Stein— de "generación perdida": a partir de Fitzgerald, de Hemingway; "perdidos" serían, también, Sinclair Lewis, William Faulkner. Miller tomó también el camino de París. Un París en el que no existía el hotel Ritz, ni el Harry's bar, ni las carreras de caballos: el París de los rugorios, del hambre, de las prostitutas rasgadas. Lejos, totalmente, de la fiesta. Pero próximo a la literatura. ("No tengo dinero, ni recursos, ni esperanzas. Soy el hombre más feliz del mundo. Hace un año, hace seis meses, creía que era un artista. Ya no lo pienso, lo soy. Todo lo que era literatura se ha desprendido de mí.") Buscaba otra vez oficios extraños para sobrevivir. Era, para él, un "esplendor": "vuelvo a experimentar el esplendor de aquella época miserable en que llegué a París, cuando era un hombre perplejo e indigente que vagaba por las calles como un espectro en un banquete. (...) los retrates que no funcionan, el príncipe que me lustraba los zapatos, el Cinema Splendide, donde dormía sobre el abrigo del patrón, los barros de la ventana, la sensación de asfixia, las enormes cucarachas, las borracheras y juergas en los intervalos (...). Bailar por las calles con el estómago vacío y de vez en cuando visitar a gente extraña (...). Las putas en los portales, botellas de agua de seitz en todas las mesas; una espesa corriente de semen que inundaba los arroyos de la calle (...). Correr de un lado a otro como una chinche, recoger colillas de vez en cuando, unas veces furtiva y otras descaradamente; sentarme en un banco y apretar las tripas para detener el mordisqueo, o pasar por el Jardín de las Tullerías y tener una erección al contemplar las estatuas desnudas...". En los buenos tiempos, un nau-seabundo —según él— trabajo: corrector de pruebas en el "He-

ral Tribune", que se editaba —como ahora— en París.

Pero gracias a París pudo publicar su primer libro. Gracias a otro huido del puritanismo de su país, el inglés Jack Kahane, obsesionado con la publicación de libros tenidos por pornográficos, pero que él consideraba artísticos. Kahane, nacido de una familia de negociantes judíos de Manchester, lancero bengali, había encontrado que París era el refugio para su edición, y en París fundó la Obelisk Press, publicaría "El amante de lady Chatterley", de Lawrence, prohibido —hasta hace muy poco tiempo— en Gran Bretaña; obras de Durrell, de Joyce, y el famoso victoriano Frank Harris: los cuatro

do caso, es más griego de lo que lo fuera nunca") está escribiendo de sí mismo: y del sexo, y de un sentido cósmico de la vida. Le importaba entonces —y siempre— llegar al máximo de sinceridad: era lo esencial para él, y la sinceridad debía alcanzar la libertad. Quería entregar a todos un mensaje de libertad ("Soy el plenipotenciario de los espíritus libres") buscando la verdad ("con furor") para encontrar el hombre de dentro de sí mismo. ("la amalgama de mis mil personalidades diversas") buscando "el mal, el humor, la poesía, la magia.

Con o sin dinero, Miller exploró el mundo y exploró las mujeres. Tuvo cuatro esposas, un ele-



El escritor y su esposa, Hiroko Tojuda, setenta y cinco y veintinueve años, respectivamente, prestando juramento en la oficina de licencias matrimoniales, 1967.

volúmenes de "My Life and Loves". (El nombre actual de la editorial es Olympia Press, dirigida por Maurice Girodias, hijo de Kahane, que se cambió el nombre para huir del antisemitismo nazi.) La Obelisk Press editó en 1934 la primera edición de "Trópico de Cáncer" (los Estados Unidos la mantendrían prohibida hasta 1961); después, todos los trópicos, y todas las obras de Miller.

Aparecía en todas las obras el propio Miller: nunca ha escrito más que su autobiografía, con la de las gentes y los lugares que ha visto ("En esta vida, yo soy Dios, y como Dios, soy indiferente a mi propio destino"). Cuando escribe un ensayo sobre Hamlet o un estudio de Rimbaud, cuando habla de Louis Armstrong y del jazz, Miller está escribiendo de sí mismo. Cuando cuenta la Grecia de "El coloso de Marussi" ("Aunque no haya leído a Homero, creo que el griego de hoy no ha cambiado nada en lo esencial; en to-

vado número de amantes y un número prácticamente infinito de relaciones sexuales (contabilizarlas sería un esfuerzo gigantesco para un erudito de su obra). París le produjo los "Trópicos" y algunas obras más; Grecia, "El coloso"; un viaje de cuarenta mil kilómetros por los Estados Unidos, la "Pesadilla climatizada"; su "descanso en California", frente al Pacífico, "Big Sur". Hasta los últimos años de su vida, la literatura le dio poco dinero; vivió siempre dentro del "privilegio de la pobreza", de la generosidad de algunos amigos (a veces muy pobres), de la venta de algunas acuarelas que pintaba con cierta maestría. "He digerido el mundo y ahora lo vomito poco a poco", decía en una carta a Lawrence Durrell. Lo vomitaba en forma de una filosofía especial. En sus éxtasis surrealistas, en sus pesadillas, en sus momentos de alcohol profundo, Miller profetizaba. Veía venir el fin del mundo; es decir, de estas socie-

dades. Vendría en su lugar la "Era del Espíritu"...

Se va viendo aquí que la obra y la vida de Miller estaban engendrando algo que vendría después. Se pueden mezclar unos elementos: el zen, el yoga que practicaba desde su infancia en la sastrería del padre, con la lectura de chinos y de hindúes; el rechazo de la "sociedad afluente" de los Estados Unidos; la enorme atracción del "Juppen", de los estratos más bajos de la sociedad; la negación de la sociedad organizada, la resistencia a lo irresistible, la filosofía de la Edad del Espíritu... De todo esto nacería, años después, la que Kerouac llamaría "beat generation". Una palabra equivoca: "beat" sería, según Kerouac, una abreviatura de beatitud, de beatifica; pero triunfaría la acepción corriente, periodística, de generación batida, vencida, frustrada. Miller sería el padre; Walt Whitman, la madre. Jazz, zen, drogas, basuras de los suburbios, pacifismo... Y comenzarían a surgir nombres brillantes: Norman Mailer, Rexroth, Ginsberg, Corso, Ferlinghetti, Bourroughs, Watts; y Thelonus Monk, en la música; y Jackson Pollock, en la pintura...

En todo ello se mantenía algo que Henry Miller había definido con una frase en contradicción: optimismo-pesimismo. Todo ello sirvió para algo. Sirvió Miller: no sólo porque abrió un gran camino a la literatura, por medio de esta fantástica violación del lenguaje que practicó sin reparos, y con alegría, sino porque lo abrió a la vida en sí. Si hay relaciones sexuales más francas, más directas —y relaciones humanas, que es lo mismo— se debe, entre otras personas, a Henry Miller. Y a quienes seguirían su camino, citándole de otras condiciones para que entrara bien en la sociedad en la que trabajaban.

Puede alguien preguntarse dónde está la continuación de todo ello en la literatura americana. No está, por el momento, en ningún sitio. El movimiento prendió mejor en Europa; prácticamente, donde había venido a nacer. Es difícil seguir sus vías actuales, su literatura actual. Es, sobre todo, un sentimiento difuso, que lo impregna todo, que está vagamente presente en todo lo que se escribe y se pinta; incluso en lo que retrocede más allá de esa época. Pero la punta de la espuela parece ya extinguida en el desencanto general, en la abulia general. ■